

DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN

Cuadernos del Concilio

*Materiales para la preparación
del Jubileo 2025*



Adquiere el volumen completo
con los 34 *Cuadernos* en:

www.bac-editorial.es

CONSTITUCIÓN PASTORAL
GAUDIUM ET SPES
SOBRE EL MUNDO ACTUAL

CUADERNO 34



CUADERNO 34

LA PAZ
(GS 77-82)

NINA FABRIZIO

I. VIDAS INTERRUMPIDAS

La paz es ante todo una actitud del corazón. Nace de la justicia, crece en la fraternidad, vive de la gratuidad. Impulsa a servir a la verdad (FRANCISCO, *Tweet* [23-8-2022]).

La guerra rompe en pedazos las vidas. No solo poniendo fin a la existencia, más aún cuando se trata de vidas inocentes que habrían de ser protegidas y custodiadas, como era el caso de Liza, la niña de apenas cuatro años afectada por el síndrome de Down cuyo corazón se paró durante la lluvia de misiles que recibió la ciudad de Vinnystia, en Ucrania, dejando en el centro de la calle su cochecito de bebé de color fucsia con el que su madre la traía de vuelta a casa de una visita pediátrica en julio de 2022.

1. **Ucrania**

La guerra siempre rompe vidas, porque rompe los sueños, los trabajos y los esfuerzos, los ahorros, las promesas, las esperanzas de un futuro mejor. Como un tornado, se abate en el transcurso de la existencia de cada uno y la corta de raíz. Debido a la guerra en Ucrania, Ira, una chica de dieciocho años de Mariupol que en el verano del 2022 se acercaba a la edad adulta cargada de expectativas y de curiosidad hacia lo que el mañana podía depararle, no pudo vivir la estación de las bellas tempe-

raturas y del reposo y el descanso del alma leyendo sus libros preferidos y escuchando la música de su amada banda de rock. Catapultada de repente a un mundo dominado por la violencia y sola, con la primerísima necesidad de ponerse a salvo, ha debido combatir mentalmente y detener de repente todo pensamiento luminoso, todo sueño que la proyectara al futuro, sustituyéndolos velozmente con preocupaciones prácticas: esconderse rápidamente en el búnker del subsuelo para huir de los ataques de los misiles aéreos o para sepultar en el jardín de su casa —el mismo donde jugaba de niña con sus coetáneos— los cuerpos de los padres de su amiga Vika.

A Vadim, un niño de solo diez años, no le ha ido mejor aunque vivía en una zona alejada más de cien kilómetros de la zona de combate, una región definida por los embajadores y los estrategas como «relativamente más segura». En el invierno de 2022 no ha podido ir a la escuela de alto nivel de Ternopol donde la abuela lo había inscrito gracias a los ahorros acumulados durante más de 20 años de trabajo, a menudo precario, como empleada de hogar o como interna en las casas de los pudientes de una ciudad extranjera en países lejanos a miles de kilómetros de la suya. Vadim, por el contrario, en lugar de ir al instituto que le habría podido ofrecer un buen ascenso social y un porvenir más sólido que el de sus padres, ha pasado el invierno ayudando a la madre y a la tía a recuperar y a conseguir víveres y bienes de primera necesidad como conservas, productos para la higiene, cobertores de lana, destinados a los más pobres del pueblo, a los que los bombardeos han dejado sin casa, o sin trabajo, o sin parientes próximos que les proporcionen ayuda.

Olia, una niña de 9 años, de Kiev, objetivo de guerra en febrero del trágico 2022, incrédula y descompuesta por cómo el conflicto había irrumpido en su vida, hubo de elegir en esos mismos días, y en pocos minutos qué muñecas coger y cuáles dejar en su huida hacia Leópolis; y determinó gritar en su desesperación enviando una carta por medio de la Comunidad de San Egidio a sus coetáneos europeos que, al contrario que ella, podían vivir una vida normal como la que ella tenía hasta el día anterior. Una vida simple y por lo demás perfecta, hecha de rutinas escolares, calor de hogar y de tantos domingos despreocupados en el

parque de juegos. La carta de Olia ha llegado como un desesperado mensaje en una botella: «La guerra es una pesadilla, tengo siempre miedo cuando caen las bombas. Por la noche, dormíamos aterrorizados en la estación del metro, temblábamos al sonido de las sirenas y por la mañana cuando me despierto mi primer pensamiento es para mi casa. Me lleno de ansiedad, ¿Estará en pie todavía? ¿La habrán destruido? [...]. La guerra es fea y llena de horror», insiste Olia con una angustia que recuerda la de Anna Frank en su *Diario*: «¡Os lo pido, no os olvidéis de mí!».

2. Siria

Por causa de la guerra, en Siria, un número considerable de niños y niñas han nacido y crecido sin conocer un mundo diferente al que les muestra por todas partes los signos y las trazas de los morteros, los misiles, las metrallicas; sin conocer un mundo diferente a las ruinas, el abandono, la degradación, los edificios destruidos que quizá, un día, recibieron un remiendo, una nueva mano de pintura, pero que no volverán nunca a erigirse perfectos y ordenados como debieran estar. Los niños y las niñas sirias no han podido conocer un mundo donde el conflicto esté ausente, donde sea posible saborear el gusto de la paz asistiendo ordinariamente a las escuelas, trascurriendo despreocupados en las dulces tardes del perfume de los hibiscos o del sabor insulso de los dátiles, cumpliendo con el deber de los gestos simples y normales de los niños, por ejemplo, atravesar la carretera para congregarse en una iglesia o en una mezquita sin agitación ni miedo alguno de pensar que en ese justo momento una bomba pudiera explotar o que un francotirador disparara un arma. Así escribió otro niño que no quería ser olvidado, Ahmed, de 13 años: «No recuerdo cómo era la paz, era demasiado pequeño. Recuerdo que un día ya no hubo nada para comer».

Durante los años de guerra, el nuncio en Siria viajó a menudo a Occidente, a Roma y a otras ciudades europeas, para explicar y hacer llamamientos a la paz y para clamar por la paz de un pueblo extremadamente sufrido. En todas estas ocasiones, el

auditorio que tenía delante ha podido comprender la insensatez y la crudeza de los conflictos ciegos, escuchando lo que le ha tocado en suerte a un niño inocente, un chaval que en medio de la locura de la guerra le ha tocado en suerte una herida atroz en sus extremidades inferiores. Aamir ha gritado de dolor y de desesperación en la sala vacía e inhóspita de uno de los pocos hospitales que aún funcionan en la provincia de Damasco. El médico que tenía delante hizo de todo para salvarle la vida, incluso proceder a amputarle su pie derecho. Pero el niño, entre mil sollozos desesperados, en *shock* por la brutalidad de los bombardeos entre los que estuvo inmerso, continuaba gritando: «Te lo pido, sálvame el pie. Te lo pido, sálvame el pie», no pudiendo imaginar una vida sin la posibilidad de caminar con las dos piernas. Su llanto inconsolable quedó allí ahogado, en aquel hospital que literalmente se estaba cayendo a pedazos. Después de él se pudieron ver otros niños, otros traumas, otras cicatrices. Hay padres, ha contado el Nuncio Zenari, «que con el corazón destrozado me dicen que solo pueden dar de comer a sus hijos en días alternos; se ha venido a saber que algunos niños muertos por el frío o por el hambre, niños a los que se les han robado las ayudas humanitarias que habían recibido».

Así es la guerra, más allá de destrozarse la vida, es también cínica y nos priva de compasión. Se muestra del todo indiferente frente a los dramas que germinan en su gran y voluptuoso vientre, parecido al de la ballena de *Pinocho* donde es fácil, muy fácil, entrar y muy difícil salir. Son de todos modos, hijos de la guerra aquellos niños nacidos de la violencia y de los calculados actos propiciados sobre las mujeres por los terroristas del Daesh: viven una existencia únicamente comparable a la de los perros vagabundos. Rechazados ya por una sociedad extremada, son expulsados a los márgenes de los campos de refugiados o, todavía peor, no han tenido otro destino que el de juntarse en bandas y crecer entre golpes de suerte bajo un sinfín de carnicerías sobreviviendo gracias a raras incursiones en los centros más poblados; allí les tratan como verdaderos apestados, símbolos, como son —a su pesar— del terror y el odio. Huérfanos de padres, huérfanos de madres, estos niños llevan adelante su existencia, huérfanos incluso de Dios.

3. Afganistán

Pero la guerra no para, y continúa implacable sembrando lágrimas y graves dificultades. Después de haber proseguido a la fuerza durante años sin haber resuelto ninguna de las crisis en el territorio, la guerra en Afganistán se ha concluido definitivamente con el abandono del país de las tropas americanas al final del verano de 2021, dejando el territorio vacío y arrodillado ante el poder oscurantista de los talibanes. También aquí los niños han pagado el precio más alto. Ninguna escuela ha acogido a las niñas afganas, ninguna perspectiva para un futuro de emancipación y libertad tienen por delante. Quizá, para muchas de ellas, se ha abierto un camino sin retorno hasta la pobreza, camino de indigencia señalado por jornadas, mendigando un trozo de pan con el rostro cubierto por la constricción y por la vergüenza, bajo amplios burkas tupidos más grandes que su cabeza. Vestidos de un luminoso azul turquesa que al sol reflejan, camuflando, la violencia de aquellos vestidos-cárcel, abiertos solo en unas fisuras para los ojos y que les han impuesto a las mujeres. Las más desafortunadas han sido conducidas por las propias familias a la indecente esclavitud sexual o a un matrimonio acordado que no tiene en cuenta la edad de la inocencia infantil. Un testimonio, recogido por la organización mundial de los Derechos Humanos, Amnistía Internacional, custodia el testimonio de un pueblo entero. Khorsheed, una madre de 35 años, ha contado que en septiembre de 2021 la crisis económica subsiguiente a la retirada de las tropas norteamericanas la ha obligado a dar a su hija de trece años en matrimonio a un vecino de treinta. A la entrega ha recibido 60 000 afganos, es decir, al cambio el «precio de la esposa» se acerca a los 650 €. Khorsheed ha explicado también que después del matrimonio se ha sentido tranquila porque la hija ya no iba a pasar hambre. Así, después de haber ido a mejor, ha comenzado a considerar el matrimonio convenido para la segunda hija, de apenas diez años. Privadas de la escuela, abandonadas por las familias, muchas de estas muchachas no son ya sino fantasmas engullidos por la historia. Si tenían un futuro incierto, ahora es un futuro cerrado. «Estas jóvenes —ha dicho siempre a Amnis-

tía Internacional *Fátima* una profesora de 25 años— querían solo tener un futuro y ahora ya no ven nada».

II. EN LA CABEZA DE LOS NIÑOS

1. El precio de los niños

Los niños pagan el precio más alto de la guerra, y en sus corazones la guerra ni siquiera existe. Los conflictos armados matan los cuerpos de los seres humanos, pero —aun antes de provocar lesiones físicas— matan al niño o a la niña, aquellos que viven escondidos en cada hombre y en cada mujer con la propia carga de expectativas sobre el mundo, el deseo profundo de amar y de ser amados, la tensión hacia la consecución libre de los planes de Dios para cada uno. La guerra no salva a ninguno, no hace distinción alguna por el color de la piel, ni entre hombre o mujer, joven o viejo, sano o con mala salud. Con su inercia destructiva, indiferente sobre la suerte de las familias, comunidades, naciones, se abate sobre todo y fagocita todo porque su objetivo es mantener un gran engaño: el poder se hace fuerte con la destrucción; aunque en realidad, por el contrario, el poder se hace fuerte cuando construye.

Pero un niño no puede concebir que en el corazón de un adulto hayan planes de muerte, proyectos atroces hacia los civiles indefensos, no puede creer que haya pensamientos y estrategias de destrucción para afirmar el propio dominio sobre los otros. Un niño o una niña, por sí mismos, cuando juegan en un videojuego en la *tablet* o en el *smartphone* de papá o mamá, cuando se lanzan al teclado para encontrar a su héroe de turno y verlo lanzarse a través de barrancos y precipicios o cuando lo ven caer en manos del monstruo adversario, tienen siempre en su interior el convencimiento de que el héroe tiene dentro otra vida, una vida de reserva, que el fuego no puede consumir verdaderamente, que la caída por el precipicio no sea verdaderamente peligrosa, que los golpes del monstruo son en realidad suaves golpes que no le hacen daño y que son solo unos dibujos animados. En la cabeza de un niño nada le lleva a creer que en aquella ficción

hay dolor verdadero, sufrimiento real o tormentos auténticos. La mente de todo niño se nutre de una inocencia que tiene el sabor del agua fresca que se bebe en una fuente de alta montaña después de un largo camino. Una inocencia, don de Dios, que le guía en todas las fases iniciales de la vida, que siempre le lleva a levantar sus manos y sus brazos, abiertos a la caricia y al tierno abrazo que busca afecto.

2. El estado del niño

Es la mirada sobre el mundo del niño, «el estado del niño», como escribía el escritor ruso León Tolstoi en *La verdad de la vida* (Extractos de *La verità della vita*, Roma 2022, cit. en *La Repubblica* [9-8-2022]) y que también los padres conciliares parecían sugerir en las páginas de *Gaudium et spes*. Escribía Tolstoi:

La sabiduría humana no consiste en saber cosas. Porque hay una infinidad de cosas que se pueden saber; y saber tanto como sea posible no constituye sabiduría. La sabiduría humana consiste en saber el orden de las cosas que es bueno saber, consiste en saber ordenar los propios conocimientos según su importancia. Ahora bien, de todas las ciencias que el hombre puede y debe conocer, la principal es la ciencia de vivir de tal manera que se haga el menor mal y el mayor bien posible; y de todas las artes, la de saber evitar el mal y producir el bien con el menor esfuerzo posible.

Y aún más argumentaba Tolstoi:

Tienes que ponerte en el estado de un niño, o de un Descartes, y decirte a ti mismo: «No sé nada, no creo en nada, y nada quiero más que saber la verdad de la vida que me veo obligado a vivir». [...] Y la respuesta se ha dado durante siglos, y es simple y clara. Mi sentir interior me dice que necesito el bien, la felicidad para mí, solo para mí. La razón me dice: todos los hombres, todos los seres desean lo mismo. Todos los seres que, como yo, buscan la felicidad individual, me aplastarían: eso está claro. No puedo poseer la felicidad que deseo; pero la búsqueda de la felicidad es mi vida. No poder poseer la felicidad y a la vez no luchar por ella, eso no es vivir.

III. DEPONER LAS ARMAS, EL GESTO QUE FALTA PARA LA PAZ

Cuando en los años 60 se iniciaba la redacción de *Gaudium et spes*, a los padres conciliares les parecía que se acercaba más cada día esa mutua interdependencia que hoy, particularmente en los conflictos bélicos, se aprecia cuando se desencadenan luchas por los recursos primarios y por las materias primas, y más aún, porque son fomentados también por las consecuencias nefastas de virus y epidemias, interdependencia percibida hoy de un modo nítido. Resultan por tanto de una actualidad potente las palabras con las que los obispos introducían las condiciones del hombre en el mundo contemporáneo hablando de las esperanzas y las angustias de la humanidad en el proemio de la constitución:

Nunca ha tenido la humanidad tanta abundancia de riquezas, de posibilidades y poder económico, y, sin embargo, todavía una enorme parte de la población mundial se ve afligida por el hambre y la miseria e innumerables personas sufren ciertamente por causa del analfabetismo. Jamás tuvieron los hombres un sentido tan agudo de su libertad como hoy, y sin embargo surgen nuevos tipos de esclavitud social y psicológica. El mundo siente vívidamente su propia unidad y la mutua interdependencia de unos con otros dentro de la necesaria solidaridad, y sin embargo es arrastrado peligrosamente en sentidos opuestos por fuerzas que se baten entre sí, pues aún subsisten agudas discordias políticas, sociales, económicas, «raciales» e ideológicas, y no falta el peligro de una guerra capaz de destruirlo todo (GS 4).

Palabras proféticas que se alinean perfectamente, con las esculpidas por el papa Francisco cuando, en muchas ocasiones, ha denunciado abiertamente que se está produciendo una guerra mundial por partes, y que imponen en estos momentos dar un paso atrás. ¿Por qué los padres conciliares, al inicio de los años sesenta, después que el mundo había pasado dos conflictos mundiales, no escondieron el peligro de una nueva guerra aún más horrorosa capaz de aniquilarlo todo? ¿Por qué denunciaron la carrera de armamentos admitiendo con toda franqueza que las

armas venían además no para ser inmediatamente usadas sino para atemorizar en el caso de ser usadas de un momento a otro?

1. **La crisis de los misiles en Cuba**

Con el riesgo concreto de precipitar el desastre total entre las dos superpotencias en conflicto, Estados Unidos y Rusia, llegó la crisis de los misiles en la isla de Cuba en octubre de 1962, una crisis que duró trece larguísimos días. El mundo estuvo muy cerca de un holocausto nuclear. Al mismo tiempo, emergía un ámbito nuevo, un espacio nuevo para que se abriera paso una posición profética de la Iglesia y del papa de entonces, Juan XXIII.

Volvamos a aquellos días. Entre el 15 y el 28 de octubre de 1962, la Guerra Fría tocó el punto álgido de tensión.

Después de que el 14 de octubre un avión espía estadounidense U2 fotografiara el lugar donde la Unión Soviética estaba construyendo bases en la isla caribeña para lanzar misiles nucleares capaces de alcanzar Estados Unidos, durante trece días Moscú y Washington se enfrentaron abiertamente, llegando en repetidas ocasiones al borde de lo que, de haber estallado, habría sido la Tercera Guerra Mundial. Moscú había desplegado veinte misiles balísticos intercontinentales en la costa cubana dirigidos contra las principales ciudades estadounidenses. Estados Unidos, por su parte, disponía de una gran flota de bombarderos B52, los que se hicieron famosos en la película *Dr. Strangelove* del director Stanley Kubrick, capaces de alcanzar con armas nucleares gran parte del territorio soviético con un excelente margen de éxito. Durante esos trece días, tanto en Moscú como en Washington, asesores políticos, militares y diplomáticos instigaron a los respectivos líderes para que atacaran. El caso llegó a las Naciones Unidas el 25 de octubre, en una sesión de emergencia durante la cual el embajador estadounidense Adlai Stevenson II mostró imágenes de instalaciones de misiles soviéticos en Cuba, cuya existencia había negado poco antes el embajador de Moscú, Valerian Zorin. Por su parte, Nikita Krushev, el jefe de la Unión Soviética, había enviado cartas al presidente estadounidense John F. Kennedy los días 23 y 24 de octubre apoyando el

carácter «disuasorio» de los misiles en Cuba y las intenciones pacíficas de la Unión Soviética.

Cuando Kennedy hizo pública la crisis y la opinión mundial descubrió así que Krushev mantenía los barcos con las instalaciones atómicas en una posición ominosa en la famosa Bahía de Cochinos, el mundo entró en un estado de terror. La tensión era espasmódica, el miedo a precipitarse en el abismo de un devastador conflicto nuclear enorme. La gente empezó a hablar y a preocuparse abiertamente por un apocalipsis atómico, y en muchas ciudades comenzaron a realizarse casi a diario simulacros para tal emergencia. Al fin y al cabo, aún estaba vivo el recuerdo de lo ocurrido en Hiroshima y Nagasaki. La primera había sido bombardeada por los estadounidenses el 6 de agosto de 1945 causando 140 000 muertos, mientras que la segunda fue devastada por otro artefacto nuclear que se cobró 70 000 vidas, solo tres días después. De aquellos dos trágicos sucesos, las imágenes simbólicas de las víctimas más destacadas, los niños, permanecen hasta nuestros días. Entre las instantáneas más famosas se encuentra quizás la captada en Nagasaki: un niño de diez años, que se ha quedado huérfano, con el rostro sereno pero lleno de tristeza, lleva sobre sus hombros, hacia el crematorio, el cadáver de su hermano pequeño con la cabeza reclinada hacia atrás.

La nueva guerra fue finalmente evitada y no pocos, incluso retrospectivamente, en el estallido de la crisis quisieron reconocer un papel a Juan XXIII, el «papa bueno» que abrió el Concilio, pero cuyo final, sin embargo, no podría ver. Ante el dramatismo de la situación, aunque al mismo tiempo estaba ocupado en los trabajos de la asamblea, sintió la necesidad de actuar personalmente por la paz y la negociación. El 25 de octubre, en Radio Vaticano, Juan XXIII se dirigió a «todos los hombres de buena voluntad» con un mensaje en francés, que había sido enviado unas horas antes por vía diplomática a Kennedy y Krushev. Así se dirigió al mundo: «La Iglesia se preocupa más que nada por la paz y la fraternidad entre los hombres; y trabaja incansablemente para consolidar estos bienes. A este respecto, hemos recordado los graves deberes de quienes ostentan la responsabilidad del poder. ¡Paz! ¡Paz! Hoy renovamos este sentido llamamiento e imploramos a los Jefes de Estado que no permanezcan insensi-

bles a este grito de la humanidad. Que hagan todo lo que esté en su mano para salvar la paz: así evitarán al mundo los horrores de una guerra cuyas terribles consecuencias nadie puede prever. Que sigan negociando. Sí, esta disposición leal y abierta tiene un gran valor como testimonio para la conciencia de cada uno y de cara a la historia. Promover, fomentar, aceptar las negociaciones, a todos los niveles y en todas las épocas, es una norma de sabiduría y prudencia, que atrae las bendiciones del cielo y de la tierra».

En el *impasse* que se había creado, Juan XXIII intervino así desplegando no un ejército, sino nada más que la fuerza moral y espiritual que poseía. Como se supo muchos años después gracias al trabajo de los historiadores, fue el propio Kennedy quien había pedido al papa Roncalli que hiciera de puente con el Kremlin. Aprovechando uno de los canales no oficiales de los que disponía, Kennedy se había puesto en contacto con el editor del *Saturday Review*, Norman Cousins, que era conocido por tener tratos tanto con los rusos como con el Vaticano, Kennedy le preguntó si estaría dispuesto a ponerse en contacto con este último y Cousins consiguió hacer llegar un mensaje al papa Juan, rogándole que hiciera todo lo que estuviera en su mano para ayudar a persuadir a Krushev de que diera un paso atrás. El papa dirigió a Krushev —al igual que él, hijo de campesinos— un documento que al final resultaría eficaz precisamente por su carácter apolítico, que concluía así: «Si tienes el valor de retirar los porta misiles, demostrarás tu amor al prójimo no solo por tu nación, sino por toda la familia humana. Pasarás a la historia como uno de los pioneros de una revolución de valores basada en el amor. Puedes afirmar que no eres religioso, pero la religión no es un conjunto de preceptos, sino un compromiso de acción en el amor de toda la humanidad, que cuando es auténtico está unido al amor de Dios, por lo que, aunque no pronuncies su nombre, eres religioso».

No se trata de una historia de espías, ni de una película en la línea de *El puente de los espías*. Estos actos y esta valentía de atreverse a la paz, de arriesgarse por la paz, sucedieron de verdad. En plena tensión de la crisis de Cuba, el nuevo mensaje radiofónico de Roncalli suscitó el consenso de dos enemigos acérrimos —como eran Rusia y Estados Unidos en el contexto de

la Guerra Fría— y dio un impulso decisivo a su solución. Krushev, de hecho, ya estaba buscando una salida y las palabras del pontífice le permitieron incluso presentarse como un pacificador. Al día siguiente, el mensaje de Juan XXIII fue recogido por los principales periódicos internacionales. *Pravda* lo publicó en portada, con la foto del papa. Y también como resultado de ese llamamiento, prevaleció la diplomacia y las negociaciones entre los dos bloques condujeron a una solución de la crisis.

2. Facilitar la paz

Es una página de la historia que se encuadra perfectamente en el espíritu de *Gaudium et spes* y en las etapas que sugiere, como si fuera un mapa de carreteras, para evitar la explosión de un conflicto. Para evitar la guerra, sobre todo la guerra que no debe llegar. Sirven de verdaderos «facilitadores», de verdaderos y evangélicos «operadores de paz» que ayudan a abandonar el camino de la guerra y elegir realmente el servicio a la humanidad. Conocer los pormenores de estos momentos que tuvieron como protagonista a Juan XXIII es aún más interesante. El papel jugado por Roncalli ha sido resaltado por la historiografía, gracias sobre todo, a la apertura de los archivos soviéticos mucho tiempo después, en el 2000. En la biografía de Juan XXIII escrita por Marco Roncalli aparece el testimonio del ruso Anatoly Krasikov, el primer corresponsal soviético acreditado en la Sala de Prensa del Vaticano:

Verdaderamente resulta curioso el hecho de que en los estados «católicos» no se consiga encontrar ninguna huella en las reacciones oficiales de las llamadas del papa a la paz, mientras que el ateo Kruscev no tuvo ninguna duda en dar las gracias al papa y en subrayar su papel primordial en la resolución de esta crisis que habría llevado al mundo a las puertas del abismo (L. CARLESSO, «La crisis de Cuba. El papel a menudo olvidado de la Santa Sede»: *La Stampa* [6-10-2012]).

El 15 de diciembre, en efecto, llegó al Vaticano una nota de agradecimiento del líder soviético: «A su santidad el papa

Juan XXIII. Con ocasión de las fiestas santas de Navidad, le ruego acepte los augurios y las felicitaciones de un hombre que le desea salud y fuerza en su constante lucha por la paz, la felicidad y el bienestar». Y a un mes de su intervención en la radio, Juan XXIII escribe en su famoso diario: «Recibido el polaco Ierzy Zawieyski confidente del cardenal Wyszynski, y muy grato el Sr. Gomulka, el cual le encargó llevar su saludo al papa y de decirle que la resolución del terrible asunto de Cuba se ha debido al mismo pontífice».

IV. EL SAGRARIO DE LA CONCIENCIA

En lo profundo de su conciencia, el hombre descubre una ley que él no se da a sí mismo, sino a la que debe obedecer y cuya voz resuena, cuando es necesario, en los oídos de su corazón, llamándolo siempre a amar y a hacer el bien y a evitar el mal: haz esto, evita aquello. Porque el hombre tiene una ley inscrita por Dios en su corazón, en cuya obediencia está la dignidad humana y según la cual será juzgado. La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario de hombre, en el que está solo con Dios, cuya voz resuena en lo más íntimo de ella. Por la conciencia, se conoce de un modo admirable aquella ley cuyo cumplimiento consiste en el amor a Dios y al prójimo (GS 16).

Releyendo este pasaje se puede sentir también un cierto escepticismo: ¿soy realmente el autor de mi propio destino con la ayuda del evangelio, o no soy un pequeño punto de intersección en la historia desprovisto de poder y con la única posibilidad de conformarme a lo que la sociedad del momento exige de mí? También nos vienen a la mente los rostros, a veces icónicos, de algunos de los líderes mundiales, y uno parece tener que rendirse a la idea de que, efectivamente, unos pocos poderosos tienen en sus manos el destino de todos los demás. Y, sin embargo, bien mirado, también podemos pensar en dar la vuelta a esta perspectiva para ver cómo el poder de la conciencia puede entrar en acción, permitiendo que surjan los artesanos de la paz, aquellos que, respondiendo a esa voz interior, deciden desarmar sus propias manos, abandonar los caminos de la muerte, no seguir los

caminos de la destrucción y, por el contrario, incluso pagando un precio muy alto, invertir el rumbo tomando el camino de la paz.

1. **Objetar en favor de la paz**

Parece un sueño o una mera ilusión arremeter contra los molinos de viento como don Quijote. Y por el contrario, el arrojo de la paz puede arder en un solo corazón, aparentemente aislado y contrario al pensamiento dominante, como un semilla verdaderamente preciosa. La historia ha dado a conocer una historia emblemática, la de un hombre joven que ha luchado «él solo» contra Adolf Hitler, el dictador alemán que ha arrasado Alemania en la Segunda Guerra mundial. Se llamaba Franz Jägerstätter y era un simple campesino de Sank Radegund, en la alta Austria: fue el único habitante de su país en votar «no» al referéndum que sancionaba la unión de Austria al III Reich, el famoso *Anschluss*, preludio de tanta ruina que trajo consigo el nazismo, pero sobre todo en los horrores de una guerra que dejó atrás entre sesenta y sesenta y ocho millones de muertos en el campo de batalla y una página negra como el carbón en el exterminio de los hebreos. Además, Jägerstätter rechazó el enrolarse en la Wehrmacht, las Fuerzas armadas alemanas, porque consideraba el nazismo totalmente incompatible con ser creyente. «Creo que Dios me había demostrado con suficiente claridad que debía decidirme entre ser nazi o católico», anotaba proféticamente en su diario en enero de 1938. Sus opciones, contracorriente, le costaron caro. Lo recordó el papa Francisco señalando a los propios jóvenes que «esta figura extraordinaria de joven objetor, joven europeo de “ojos grandes”» (FRANCISCO, *Mensaje a los participantes en la «Eu Youth Conference»* [Praga, 11/13-7-2022]):

Franz era un joven campesino austríaco que, debido a su fe católica, hizo una objeción de conciencia al mandato de jurar lealtad a Hitler y de ir a la guerra. Franz era un chico alegre, simpático y despreocupado que, al crecer, gracias también a su esposa Francesca, con la que tuvo tres hijos, cambió su vida y maduró en sus convicciones profundas. Cuando lo llamaron a las armas

se negó, porque consideraba injusto matar vidas inocentes. Su decisión provocó duras reacciones contra él por parte de su comunidad, del alcalde e incluso de sus familiares. Un sacerdote intentó disuadirle por el bien de su familia. Todos estaban en su contra, excepto su esposa Francesca, que, a pesar de conocer los tremendos peligros, siempre estuvo al lado de su esposo y lo apoyó hasta el final. A pesar de los intentos de persuasión y de las torturas, Franz prefirió ser asesinado que matar. Consideraba la guerra totalmente injustificada. Si todos los jóvenes llamados a las armas hubieran hecho lo mismo que él, Hitler no habría podido realizar sus diabólicos planes.

Así concluía el pontífice:

El mal necesita cómplices para ganar. Franz Jägerstätter fue asesinado en la prisión en la que también estaba encarcelado su compañero Dietrich Bonhoeffer, un joven teólogo luterano alemán, que también tuvo el mismo trágico final. Estos dos jóvenes de «ojos grandes» fueron asesinados porque permanecieron fieles a los ideales de su fe hasta el final.

Vale la pena seguir las huellas de Franz, también hoy. Los institutos de investigación independientes nos dicen que son al menos setenta los conflictos abiertos en el planeta. Hablar de paz y trabajar por la paz hasta deponer las armas es un gesto lleno de valor, una actitud contracorriente también hoy; ahora también se siguen rompiendo las lógicas y los conformismos que pretenden que se responda a los golpes de armas de fuego con otros golpes de armas de fuego, responder con bombas a las bombas, a los misiles con misiles, hasta perder completamente el sentido de la mirada y jugar con las amenazas de agitar las armas siempre más potentes, siempre más mortíferas. Caín contra Caín.

El mundo está en guerra. Por todas partes hay guerras, porque el mundo ha elegido el modelo cainita. La guerra es poner por obra el cainismo, matar al hermano —ha dicho el papa Francisco a propósito de las guerras en curso—. Cuando estamos delante de una persona —ha añadido invitando a mirar dónde estamos— a pesar de todo, las semillas de esperanza, debemos pensar cómo hablar a esta persona, a su parte más oscura o a su

parte más buena, escondida. Todos nosotros tenemos algo de bueno, es el sello de Dios en nosotros. Nunca dar por concluida o cerrada una vida en el mal.

2. Obrar la reconciliación

Nunca dar por concluida una vida en el mal, entonces. Es este el camino que han tomado algunos, con coraje, siendo combatientes en la República Centroafricana. En este pequeño país ubicado exactamente en el corazón del continente africano, se ha combatido, durante años, una desgarradora guerra civil que ha contemplado en el campo de batalla diversas facciones opuestas unas contra otras, como caínes armados, hermano contra hermano. Con muchos esfuerzos de diálogo, de entre los cuales la Iglesia no ha estado ausente, se ha conseguido llegar a una tregua y después a un *Programa nacional de reconciliación y de paz*, un recorrido institucional que mira a reconciliar el país a través de gestos de distensión. Uno de estos llegó en agosto de 2022. Después de varios meses de negociación y de sensibilización con las milicias centroafricanas UPC y los guerrilleros Anti Balaka, 363 combatientes han decidido deponer las armas y renunciar a la violencia: un paso importante sobre todo para la ciudad de Bambari, teatro de las más reciente sanguinaria violencia. La República Centroafricana presenta indicios y datos desoladores: el PIB es uno de los más bajos del mundo, cerca del 60% de la población vive con menos de 1,25 dólares al día. El índice de desarrollo humano, con la guerra civil, se ha precipitado y la población vive en condiciones extremadamente difíciles entre malaria, lepra, VIH y otras enfermedades que la convierten en uno de los países con la mortalidad infantil más alta. A todo esto hay que añadir un preocupante analfabetismo que alcanza al 51,4% de la población. En el año más crítico de la guerra, el 2013, UNICEF había estimado que 600 000 niños sufrirían las consecuencias del conflicto y, dato aún más duro, más de 2 500 de ellos, niños y niñas, habían sido enrolados como niños combatientes en los grupos armados. Niños que con solo 6 o 7 años, en lugar de tener un libro o un cuaderno, se les ha en-

tregado u fusil en las manos más grandes que ellos con la orden fría y brutal de alzarlo contra el enemigo disparándolo directamente contra el pecho.

Por el contrario, cada arma depuesta, cada signo concreto que propone dirigir el fusil hacia tierra es un mensaje potente para todo niño centroafricano. Un gesto así le dice a aquel niño o a aquella niña que hay una alternativa, que hay una esperanza, que su vida no se ha perdido. Que su destino no está ya escrito en la espiral de la muerte ni en el cupo de cifras de las frías estadísticas.

V. NUNCA MÁS *BLOODY SUNDAY*

Hay una historia que cada adolescente de la tierra debería conocer. Es la historia de cuatro chavales de la periferia de Dublín. Era el final de los años 60, Irlanda del Norte fue marcada por un ácido conflicto para obtener la independencia del Reino Unido. Era un conflicto verdaderamente divisivo, lacerante porque no tocaba únicamente aspectos políticos y territoriales, sino asuntos religiosos y sociales, pues los irlandeses son ordinariamente católicos y menos pudientes, y los ingleses de confesión protestante y con un mayor nivel de bienestar. En aquellos años, a menudo, las carreteras irlandesas estaban ocupadas por las tropas inglesas dispuestas para el combate, escoltadas por vehículos blindados. Entre los callejones caracterizados por los típicos guijarros y por los carteles de los pubs, se respiraba tensión. Estaban en vigor las normas que Londres había dado y que eran particularmente restrictivas de los derechos humanos como internet, es decir la posibilidad de que las fuerzas policiales pudieran detener a un sospechoso por un tiempo prácticamente indefinido, y sin proceso.

En este clima, un hecho sangriento causó un shock colectivo enorme. Domingo, 30 de enero de 1972, Derry, en Irlanda del Norte, durante una manifestación por los derechos civiles, los militares ingleses recibieron la orden de dispersar a los manifestantes y abrieron fuego sobre la multitud. En la calle había miles de personas, hombres, mujeres y niños que pacíficamente se manifestaban reclamando igualdad y la misma dignidad so-

bre el trabajo, el derecho a una casa y el fin del denominado voto por censo, aun en vigor en la provincia británica. Cuando en torno a las cuatro de la tarde los manifestantes llegaron al gueto católico de Bogside un regimiento especial de paracaidistas ingleses armado con metralletas pesadas comenzó a disparar sin previo aviso a la multitud. Trece hombres cayeron muertos bajo un infierno de fuego que duró cerca de un cuarto de hora. Ocho de ellos tenían una edad comprendida entre los 17 y los 20 años. Otras catorce personas quedaron heridas gravemente y una de ellas murió meses después. Cinco fueron abatidos a tiros por la espalda, otro fue acribillado mientras tenía los brazos en alto en señal de rendición.

Aquel «maldito» domingo, también un chaval de once años de nombre Paul David Hewson, que vivía en un barrio degradado de las afueras de Dublín, fue alcanzado por la noticia de la que todos hablaban, en la radio, en la familia y en la escuela. Fue un golpe. Esta fecha quedó inscrita en su corazón como un día funesto. En el transcurso de su adolescencia, Paul, de padre católico y madre protestante, tuvo oportunidades de unirse a una banda marginal de su barrio y ahí desfogar toda su rabia. Pero la banda no hacía nada por él. Lleno de rabia como otros muchos jóvenes crecía cultivando una fuerte sensibilidad contraria a la injusticia y a la opresión, pero también a la violencia. Consiguió transformar su rabia y encauzarla en un ámbito artístico con un grupo de amigos que encontró en la Mont Temple School de Dublín, escuela frecuentada por protestantes y católicos.

La aventura comenzó cuando el 20 de septiembre de 1976 otro joven como él, de nombre Larry Mullen, colocó en el tablón de anuncios de la escuela un mensaje en busca de jóvenes músicos junto a los cuales formar un grupo. Paul respondió al anuncio junto a Adam Clayton, David Howell Evans y su hermano Dick Evans. Formaron una banda musical de estudiantes de instituto y comenzaron a tocar juntos dando cada vez más conciertos. Aquel maldito domingo permanecía en ellos habiendo dejado destrozado el fondo de su alma. Decidieron meter sus sentimientos en una canción y nació *Sunday, Bloody Sunday*. Fue cantada en público por primera vez en diciembre de 1982 en Belfast, en Irlanda del Norte y fue presentada con estas palabras: «Esta canción se llama

Sunday, Bloody, Sunday, habla de nosotros, de Irlanda. Si no os gusta a vosotros, no la cantaremos más». La letra era esta:

No puedo creer lo que dicen hoy las noticias,
Oh, no puedo cerrar los ojos y hacer que desaparezca
¿Cuánto tiempo?
¿Cuánto tiempo debemos cantar esta canción?
¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto...?
[...]
Botellas rotas bajo los pies de los niños,
cuerpos esparcidos por un callejón sin salida.
[...]
Hay muchas pérdidas, pero dime ¿quién ha ganado?
La trinchera está excavada en nuestros corazones.
Y madres, hijos, hermanos, hermanas, separados.
[...]
Esta noche, podemos ser uno solo,
esta noche... esta noche...
Domingo, sangriento domingo.

Al final de la interpretación la canción fue acogida con una ovación. Cuando la cantó era un muchacho que después se convertiría en un cantante famoso en todo el mundo con el nombre de Bono Vox. El grupo eran los U2. El propio Bono explicó al público que no era una canción progre, sino la reacción increíble de un joven, en la República de Irlanda, de frente al odio y la violencia fratricida que divide a los que debieran estar unidos en el nombre de Cristo.

Sunday, Bloody, Sunday se ha convertido en un himno de aquellos que, golpeados en el corazón, herido por la injusticia, se han rebelado ante un esquema de la sola contraposición que quería ingleses contra irlandeses, protestantes contra católicos, fuerzas policiales contra el pueblo, ricos contra pobres, y han transformado el sufrimiento en un reclamo para la reconciliación. En 1982 en aquel concierto ante el grito liberador de cuatro chavales se unió el de decenas y después centenares de voces para gritar al mundo que romper el esquema del odio que genera otro odio no solo se puede, sino que es el deseo más profundo de los corazones más puros.